

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

NOTICIAS RELIGIOSAS.

En París se ha hecho recientemente nueva circunscripción de parroquias, aumentándose considerablemente el número de las antiguas: una de las nuevas, cuya iglesia se ha comenzado á edificar en el mes anterior, estará dedicada al glorioso mártir San Eugenio, Arzobispo de Toledo. No sabemos si el haber elegido á nuestro Santo Arzobispo por titular de la nueva Iglesia y parroquia, será un homenaje tributado á la memoria del Mártir, cuyos restos estuvieron no lejos de allí por espacio de muchos siglos, ó mas bien á la de la actual Emperatriz que lleva el mismo nombre.

—Segun leemos en *La Gaceta del Mediodia*, en Marsella ha disminuido notablemente el cólera desde que se han comenzado las rogativas públicas con el Santísimo manifiesto.

—El Gobierno francés ha mandado restaurar la Iglesia de Montmorency, cerca de Paris: esta célebre abadía, edificada en 1525 por Guillermo de

Montmorency, es uno de los mas bellos monumentos que nos ha dejado la arquitectura del renacimiento.

—Acaba de reunirse en Burdeos el Sínodo Diocesano, primero que ha tenido lugar en aquella Diócesis, despues de la revolucion del siglo pasado.

—El dia 4 se celebró con la mayor solemnidad en la iglesia de PP. Dominicos de Paris la fiesta de su Santo fundador. Oficiaron los PP. Franciscanos, segun la costumbre establecida de muy antiguo entre ambas órdenes religiosas. El Ilmo. Sr. Arzobispo de Paris asistió á la funcion, despues de haber celebrado en la misma iglesia el Santo Sacrificio.

—Tambien sabemos que en el Real Monasterio del Escorial se ha celebrado con la mayor solemnidad la fiesta del glorioso mártir San Lorenzo. La comunidad nuevamente establecida allí, algun tanto calmados ya los temores que pudieron inspirarle los recientes sucesos de España, se ha esmerado en dar á la fiesta de su ilustre titular la mayor suntuosidad posible.

—Segun leemos en los diarios de Sevilla, continúa muy quebrantado en su salud el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de aquella ciudad.

—Tambien el Sr. Dr. D. José Miguel Sainz Pardo, Capellan mayor de Reyes nuevos, Dignidad de la Santa Iglesia Primada, Vicario general y Gobernador Eclesiástico del Arzobispado de Toledo, se halla enfermo de bastante gravedad; pero las últimas noticias son un tanto satisfactorias.

Un año hace que hablamos á nuestros lectores de una expedicion que iban á hacer á Tierra-Santa varios franceses, formando una caravana: hoy creemos leerán con gusto los pormenores de aquella peregrinacion. Hé aquí el curioso documento que ha publicado un periódico francés:

Informe leído á la asamblea general de peregrinaciones á Tierra-Santa, presidida por el eminentísimo Cardenal de Bonald, Arzobispo de Lyon.

Emmo. Sr. :

Señores: Hace ya mucho tiempo que algunos católicos de este pais habian pensado emprender en comun la peregrinacion á Tierra-Santa; pero diferentes obstáculos parecian aplazar indefinidamente la ejecucion de este proyecto, cuando, en el mes de junio último, vinieron circunstancias inesperadas á facilitar su cumplimiento. La presencia en Paris de Mons. Brunoni, delegado del patriarca de Jerusalem, hoy Arzobispo

de Taronna y delegado apostólico en el Monte Líbano, dió ocasion para volver al designio que estaban á punto de abandonar los mismos que le concibieron. Entonces se os convocó, señores, como ahora, á fin de organizar con vuestros consejos las peregrinaciones.

En la sesion de 6 de junio se instituyó una comision para formar la primera caravana. Los trabajos de esta comision, presidida por Mons. Forcade, Obispo de Basse-Terre, fueron emprendidos con actividad, y tres dias despues de vuestra reunion, se dirigió un llamamiento á todos los católicos de Occidente. Las peticiones llegaron sin tardanza, y bien pronto se pudo contar con un número de peregrinos superior al que anticipadamente se habia fijado. De entre todos los que pedian ir á Tierra-Santa, se admitieron cuarenta. Se propuso, y fué aceptado por los peregrinos, un reglamento destinado á mantener el buen orden en la caravana. Por otra parte, se hallaban ya estudiados y preparados los medios materiales de llevar á cabo el viaje.

El tránsito por mar, á la ida y á la vuelta, encontró, por parte de la compañía de Mensajerías nacionales, ciertas condescendencias, continuadas hasta el dia, que debian hacer el viaje infinitamente menos costoso que para los viajeros ordinarios. En Tierra-Santa se organizó tambien todo para los peregrinos, gracias á la cooperacion del patriarca Monseñor Valerga, y de la conferencia de San Vicente de Paul, uno de cuyos miembros debia de acompañar á la expedicion.

La salida se habia fijado para el 23 de agosto, en cuya época se suscitaron muchas inquietudes; sin embargo, los peregrinos se pusieron en marcha. De la Bélgica, del Norte de Francia, de Paris, se dirigieron hácia Marsella, reuniéndose en el camino con sus compañeros de las provincias del Mediodia. ¡Cuántos agradables encuentros en el trascurso del viaje! En medio de los numerosos pasajeros que se amontonaban en la cubierta de los vapores del Ródano y del Saona, los peregrinos se reconocian muy pronto; la relacion se entablaba al momento, y Marsella vió llegar á sus muros una caravana de amigos, que pocos dias antes eran extraños unos á otros.

Todos estaban ávidos de saber quiénes eran aquellos con quienes iban á compartir las fatigas, y tal vez los peligros de tan largo viaje. Cuando la capilla de Nuestra Señora de la Guardia nos reunió al pié de su modesto altar, la emocion que experimentamos al recibir á un tiempo nuestras cruces de peregrinos, nos hizo sentir ya la dicha de las simpatías que iban á unirnos. Dulces y duraderas amistades se han originado de este viaje, y ninguno de nuestros peregrinos me desmentirá si aseguro que nadie de entre nosotros será indiferente en lo sucesivo para con cualquiera de sus compañeros de peregrinacion. Obligado á encerrarme en un cuadro muy limitado, debo renunciar, aunque con pena, á manifestaros todas las impresiones que han quedado grabadas en nuestras almas. Algunos de nosotros las han reproducido en escritos que per-

manecerán en los archivos de nuestra asamblea, y que cada uno de los peregrinos colocará en el estante mas frecuentemente visitado de su biblioteca, y entre sus libros mas apreciados. Sin embargo no puedo menos de decir cuán solemne fué para nosotros el momento en que nos arrodillamos unos junto á otros en las gradas del altar, para recibir de mano de uno de nuestros compañeros, vicario general de Moulins y delegado al efecto por el señor obispo de Marsella, las cruces que debiamos llevar sobre nuestro pecho, como señal de reconocimiento y de la proteccion del Dios cuya tumba ibamos á venerar. ¡Cuánta significacion no tenian para nosotros estas sencillas palabras de la oracion que recitaba el oficiante: *Accipe signum crucis, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, in figuram crucis, passionis et mortis Christi, ad tui corporis et animæ defensionem; ut divinæ bonitatis gratia post iter expletum, salvus et emendatus ad tuos valeas remeare, per Christum Dominum nostrum!*

Los nuevos cruzados, habian recibido su armadura, enteramente pacífica; la hora de la marcha era llegada; El 23 de agosto, á las nueve de la mañana, estábamos todos sobre la cubierta del hermoso vapor *Alejandro*, y bien pronto salimos del puerto de Marsella. Nuestra vida de peregrinos comenzaba. Sin embargo, reinaba el silencio entre nosotros; todos los ojos, todos los corazones estaban vueltos hácia la tierra que dejábamos; fué preciso que nuestra rápida marcha nos la quitase de la vista para que nuestras miradas se dirigiesen al

Oriente. Allí estaba el objeto á que aspirábamos; pero afecciones sobrado vivas nos hacian olvidarlo. Llegó la noche, una de esas bellas noches que hacen alzar al cielo la cabeza, y que llaman el alma á la oracion. El *Ave maris stella* resonó en la popa del buque, y todos acudieron á saludar la divina protectora de su viaje. Los que pensaban entonces en la madre que acababan de dejar en Francia, jamás tal vez, invocaron con mas amor á la Madre que está en el cielo. El *Magnificat*, la *Salve*, el salmo *Lætatus sum* siguieron al *Ave maris stella*; despues cesaron los cantos, pero la hora del sueño no llegó tan pronto. Se formaron pequeños grupos, donde se comunicaban todos los pensamientos, todos los afectos de que cada una de nuestras almas estaba llena. El encanto de estas íntimas y largas conversaciones jamás se borrará de nuestra memoria, y en medio de los brillantes saraos de nuestras grandes ciudades por el invierno, mas de un peregrino echará menos las bellas nubes del mediterráneo.

En cuanto llegaba el dia, la oracion era nuestro primer acto. El Sr. obispo de Marsella habia dado á nuestros clérigos las facultades mas amplias. Se ponía un pequeño altar en el fondo de la primera cámara, y las misas se sucedian desde el alba hasta la hora de nuestro desayuno.

En todo el curso del viaje tuvimos un tiempo que ni la mas pequeña nube alteró. Pudimos saludar al paso las montañas de la Córcega, que nos recordaban nuestra Francia, las de la Cerdeña, y mas á lo lejos, las bellas playas de la

Sicilia. El 25 celebramos la festividad de San Luis, fiesta siempre cara á los franceses, mas cara todavía á los que iban á visitar los lugares que fueron testigos de su valor y virtudes. Nos hallábamos entonces á la altura de Marsala, y su vino, que tiene alguna fama, sirvió para los brindis: *¡A la francia, á nuestros amigos!* Al dia siguiente estábamos en Malta.

Esta era la primera vez que bajábamos á tierra. Para que no hubiese confusion al desembarcar, se convino en dividir la caravana en secciones de ocho individuos, conducidos por un comisario y presididos por uno de los miembros de la junta directiva. Atravesamos rápidamente la ciudad nueva, de la que, á la vuelta, debíamos admirar las hermosas calles, las lujosas iglesias y los magníficos palacios. El *corricolo* de Nápoles, adoptado por los malteses, y otros carruajes mas modernos, llenos en pocos instantes por todos nuestros viajeros, marcharon rápidamente en direccion á la Ciudad Vieja, donde teníamos que visitar la notable iglesia de San Pablo, las catacumbas y la famosa cueva donde se retiró el grande Apóstol despues de su naufragio. Recordamos este hecho leyendo en comun el capítulo XXVIII de los Hechos de los Apóstoles. De regreso á la ciudad nueva, vimos con interés el convento de los RR. PP. capuchinos, cuya capilla subterránea conserva los cuerpos de estos pobres religiosos, á quienes allí se cree ver, aun despues de la muerte, en la actitud del rezo y de la meditacion. La catedral de San Juan nos admiró por la magnificencia de

sus mármoles y de sus monumentos fúnebres en los que á cada paso leíamos apellidos famosos de nuestra patria. El palacio del gobernador nos mostró en sus paredes, entre los retratos de nuestros antiguos reyes, las facciones nobles y enérgicas de aquellos valientes caballeros que llenaron el mundo con su fama, y el Oriente con el ruido de sus hazañas. En una sala magnífica tocamos con respeto sus brillantes armaduras y sus fuertes espadas. ¡Grande y triste recuerdo! Hacia el anochecer bajamos las largas escaleras que conducen al puerto, volviendo á veces la cabeza para invocar al paso los Santos á quienes la piedad de los caballeros habia hecho, por decirlo así, los custodios de su ciudad, colocando en todas las esquinas sus estatuas, ante las cuales conservan todavía los malteses pequeñas lámparas encendidas. El buque abordo del cual habíamos vuelto emprendió nuevamente su marcha.

El dia siguiente á nuestra salida de Malta era domingo. Desde por la mañana se preparó un altar en la cubierta, por órden del capitán. Las banderas de todas las naciones, acertadamente dispuestas, servian de dosel; dos robustos marineros puestos á cada lado del altar le sostenian para evitar los efectos del balanceo. Todos los oficiales del buque, toda la tripulación, de uniforme, asistieron con nosotros al santo sacrificio de la misa. Si las ceremonias de la religion son bellas y patéticas cuando se celebran bajo los arcos góticos de nuestras viejas y sombrías catedrales, la celebracion de los divinos misterios sobre aquel

pequeño altar levantado sobre la cubierta de un buque, en medio de las olas y bajo la bóveda del cielo, no era menos apropiado para conmovernos profundamente. ¿No alaba tambien al Señor la voz del mar? El presbítero que oficiaba nos recordó con oportunidad estas palabras del profeta Malaquías: *In omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda.* Este domingo fué uno de nuestros mas bellos dias.

Despues de una travesía de treinta horas llegamos á Alejandría. Las exigencias de la cuarentena nos obligaron á permanecer en el puerto; y tuvimos que contentarnos con divisar á lo lejos los minaretes de las mezquitas y las blancas fachadas de algunos palacios. El *Tancredo*, que debia conducirnos á Jaffa, no llegó hasta despues de dos dias. Aunque habíamos esperado con impaciencia la hora del trasbordo, no dejamos sin pesar á la tripulación y los oficiales del *Alejandro*, que habian estado para con nosotros llenos de una benevolencia notable. Nuestras miradas se volvieron de nuevo con mas ardor hácia la Tierra-Santa. No estábamos separados de ella mas que por una marcha de veinte y cuatro horas.

El domingo, 4 de setiembre, llegamos delante de Jaffa á la madrugada. El puerto se halla hoy dia cegado, y los buques no pueden acercarse mas que á cierta distancia. Nos vimos, pues, obligados á permanecer á lo largo y esperar, no obstante nuestra impaciencia por pisar el suelo de la Palestina, que viniesen barcas á buscarnos. Todas las miradas estaban fijas en aquel fa-

moso risco sobre el cual se elevan en gradería las casas de la moderna *Joppe*; en sus teshos aplanados ó terminados en torrecillas, por entre las que levantaban su cabeza algunas palmeras, nos pareció reconocer el Oriente. Entre tanto, una pequeña barca avanza rápidamente hácia nosotros y atraca á nuestro bordo; un clérigo, vestido de sotana, pero cuya larga barba le distingue de los eclesiásticos de nuestro país, sube la escala que conduce á la cubierta del buque, y nos anuncia que viene de parte del Patriarca á recibir á los peregrinos. Es el abate Poyet, su pro-canciller. Todos nos agrupamos en torno de él para estrecharle afectuosamente la mano y darle gracias. Es un francés; el abate Poyet es de la diócesis de Lyon. Su presencia nos llena de confianza. Al verle olvidamos todas las predicaciones amenazantes con que se nos asustaba al marchar. Ya no tememos ser asesinados en el camino de Ramla, como habíamos visto benévolamente anunciado en un periódico al embarcarnos en Marsella. Llegan las launchas preparadas para recibirnos, y algunos momentos despues todos los peregrinos están en tierra.

La aduana turca se muestra condescendiente, y sin mucha incomodidad nos deja dirigirnos con nuestros equipages hácia el convento de los reverendos padres de la Tierra-Santa. Los buenos religiosos nos aguardaban, y las celdas estaban preparadas; se habian puesto nuevas camas para huéspedes mas numerosos que los que el convento estaba acostumbrado á recibir hacia muchos años. Los comisarios están en su puesto;

se distribuyen los alojamientos; pero aun no habíamos oido misa. No obstante, todos quisieran instalarse primero en su celda y reconocer sus efectos; el abate Bargés, cuya condescendencia no se desmiente nunca, promete esperar hasta medio dia. Hubiérais visto entonces invadido todo el convento, como una plaza tomada por asalto. Los padres, á quienes nuestra vivacidad enteramente francesa sorprende un poco, nos miran subir rápidamente por sus escaleras y correr por sus largos pasillos; pasábamos por delante de ellos, saludándolos con un *buon giorno* (1), que contestaban sonriendo. Pero ya avisan que nuestro buen capellan se ha revestido de sus hábitos sacerdotales, y está aguardando; en un momento está todo el mundo en la capilla. ¡Cuántas oraciones, cuántas acciones de gracias teníamos ya que dirigir á Dios durante esta primera misa en Tierra-Santa! Las largas prácticas religiosas no son para los viajeros; pero en la Palestina, ¿no debia ser todo nuestro viaje una continua elevacion de nuestra alma hácia Dios? Allí es donde verdaderamente se confia en él y se le ama con un amor mas tierno: *Notus in Judæa Deus.*

Los buenos religiosos nos habian preparado el almuerzo; se pasó al refectorio, y la comida concluyó brindando á la salud de los que tan bien nos recibian. Despues nos dispersamos por la ciudad evocando los recuerdos de San Pedro. ¿No fué allí donde tuvo aquella vision que dió la fé á nuestros padres los gentiles? En aquel lugar resucitó á

(1) Buenos dias.

la bienhechora Thabila. Pero yo no debo tratar de recordaros todas estas memorias tan bien indicadas en las obras de tantos viajeros, desde las crónicas de nuestros antiguos peregrinos, hasta los encantadores libros de los Chateaubriand, los Marcellus, los Ragusa, los Michaud, los Poujolat. Nosotros hubimos de pasar todavía en Jaffa casi todo el día siguiente, que empleamos en visitar los ricos vergeles que rodean la población. Admirábamos la fertilidad de aquel suelo, que parece estéril arena, y al cual basta un poco de agua repartida en pequeños arroyos para convertirse en jardines cubiertos de naranjos y limoneros, que veíamos cubiertos de fruto. A nuestro regreso á la ciudad visitamos el convento de los armenios, y las salas en que tantos de nuestros infelices compatriotas sucumbieron atacados de la peste. (1)

Salimos de Jaffa el lunes ya tarde. Para mayor seguridad se habia resuelto que acompañaríamos á nuestros equipajes, de lo que resultó algun embarazo; habiendo reconocido mas adelante que esta precaucion era inútil, y que los bandidos no eran en Palestina tan numerosos ó tan atrevidos como se nos habia hecho temer. Despues de algunas horas de preparativos se trajeron los caballos, que fueron distribuidos indistintamente á cada seccion de nuestra caravana. El que debia ir á la cabeza, gritó: ¡A caballo, señores! y se emprendió la marcha. Atravesamos en una larga fila las calles de la ciudad,

(1) Cuando la expedicion de Bonaparte á Egipto.

sus hermosos jardines, y entramos en la vasta llanura de Saron, que, abrasada por el sol, se parecia entonces al desierto. Se necesitan cerca de cuatro horas para ir de Jaffa á Ramla. Cuando llegamos ya era de noche. El P. Vicario que vino á nuestro encuentro nos habia precedido, habia previsto nuestras fatigas, y, en virtud de sus cuidados, nos tenian preparada los religiosos una deliciosa limonada, que será preciso comparar á los mejores refrescos cuando se la quiera elogiar. Nos volvió una parte de nuestras fuerzas, que la noche debia concluir de reparar. Antes de ir á gozar del sueño bienhechor, nos reunimos en la pequeña capilla del convento para recitar en comun las oraciones de la noche. Al día siguiente teníamos cerca de nueve horas de marcha para arribar á Jerusalem, y salimos de noche para evitar el fuerte calor del día. La llanura de Saron se estiende bastante mas allá de Ramla; despues se entra en las montañas. Entonces se penetra en desfiladeros sin fin y sendas dificultosas, pero sin peligro, gracias al pie seguro y ejercitado de los caballos del pais.

Pasamos por delante de Latroun, aldea miserable, donde la tradicion sitúa el castillo del buen Ladrón. Así llaman á las ruinas de la morada de «aquel feliz bandido,» como dice el P. Nau: «Algunos pretenden, cuenta el sábio jesuita, que era señor de este lugar, y que de allí bajaba con su gente á ejercer el pillaje; pero es raro que un señor notable, como él lo seria, se haga saltador de caminos.»—Un poco mas allá

se encuentra el pozo de Job (Bir-Ayoub).

Antes de llegar á la aldea de Abou-Gosh, apercibimos de pronto algunos árabes que se dirigian á rienda suelta sobre nuestra caravana. ¿Diré que alguno de nosotros les tuvo miedo? No habia medio de escapar. Felizmente sus albornoces y kepis nos ocultaban caras amigas. Eran el canciller del consulado de Francia, el canciller de Inglaterra y dos jóvenes franceses residentes en Jerusalem, que venian á nuestro encuentro.

Nuestra marcha habia sido larga y penosa; el alto y el almuerzo junto á la clara fuente de la aldea de Jeremías, vinieron muy á tiempo. Despues de descansar unas dos horas, continuamos nuestro camino hácia Jerusalem. Al llegar á lo alto de la montaña que domina la aldea de Abou-Gosh, encontramos uno de los hijos del famoso bandido que ha dado á esta comarca su nombre árabe. Poco despues atravesamos el valle de Terebinto, y algunos cogieron en la madre del seco arroyo piedras que les recordasen el sitio en que David armó su honda para herir á Goliat. Ya nuestros mas intrépidos ginetes se habian adelantado, impacientes por descubrir la ciudad santa, y nos aguardaban en lo alto de la montaña, desde donde Jerusalem aparece de golpe, en su aislamiento, rodeada todavía de murallas que la dan, á pesar de sus ruinas, cierto aspecto de grandeza. Renuncio á deciros muestra emocion á la vista de aquella ciudad donde Jesucristo murió por nosotros. Las lágrimas corrían de los ojos todos.

Permanecimos algun tiempo arrodia-

llados sobre la montaña; despues se arreglaron nuestras filas para entrar en órden en Jerusalem. En el camino que aun nos faltaba andar (estábamos á unos veinte minutos de la puerta de Jaffa) salieron á nuestro encuentro algunos PP. de Tierra Santa, muchos árabes católicos, y todos los profesores y alumnos del Seminario recientemente establecido por Mons. Valerga. Nuestra entrada se celebró con tiros por algunos de nuestros acompañantes y de los que habian salido á encontrarnos. Los soldados turcos, situados en las murallas, nos miraban al pasar con admiracion, y acaso con inquietud, pues se hallaban tentados á creernos la vanguardia de un ejército mas numeroso. Nuestras capas blancas y grandes sombreros les parecian algo extraños, y se preguntaban si no era así como los franceses iban á la guerra en los paises cálidos.

Despues de atravesar algunas calles estrechas, llegamos al hospicio de *Casa Nova*, donde, como en Jaffa y Ramla, nos habian preparado alojamiento los Rdos. PP. franciscanos. Era ya muy tarde para ir á la iglesia del Santo Sepulcro, cuyas puertas habian cerrado los guardas turcos; nos fué preciso aguardar hasta la mañana siguiente para obtener la entrada.

(Se continuará.)

MADRID.

IMPRENTA DE HIGINIO RENESES,

calle de Valverde, 24.